

LATINOS EN EE.UU.: ¿ES POSIBLE ALCANZAR UNA AGENDA NACIONAL LATINA CON EL CONCURSO DE LOS CUBANO-AMERICANOS DE MIAMI?

**Por: Dra. María Rosa Gentile - CEMI
Mayo 2000**

En el contexto de la investigación sobre el proceso de "empoderamiento", o adquisición de poder político[1] por los cubano-americanos en el estado de La Florida nos insertamos en un debate dentro de la academia estadounidense dedicada a los estudios hispanos o latinos en esa nación referido a la posibilidad o no de que éstos alcancen la unidad de acción necesaria para impulsar una agenda nacional común a todos los grupos de ese origen.

Dentro de esa academia estadounidense hay algunos estudiosos de origen cubano que analizan la experiencia de los cubano-americanos en Miami quienes afirman la posibilidad de alcanzar esa agenda común con el concurso también de sus compatriotas partiendo de que el rápido "empoderamiento" de esa comunidad contribuye a la transformación de lo que hasta ahora ha sido una política enfocada exageradamente a lo externo (hacia Cuba), hacia un estilo de política étnica estadounidense más tradicional con miras a los asuntos internos del país que los acoge. Esto, según ellos, ofrece una oportunidad única para forjar tal unidad.

Tales deducciones, sin embargo, pasan por alto no solo las especificidades de la inmigración de los cubanos hacia territorio estadounidense, en particular la experiencia de su asentamiento y concentración fundamentalmente en una localidad (la ciudad de Miami) donde, además, las condiciones estaban dadas para la construcción de un fuerte enclave económico, sino que ignora también elementos importantes de composición clasista de la mayoría de esa inmigración inicial, que están precisamente en el centro de la diferencia fundamental entre ésta y otras comunidades latinas en EEUU, y que alimentaría la desunión.

Son pocos los académicos estadounidenses que estudian la comunidad cubana en EEUU, y muchos menos los que se concentran en el "empoderamiento" político de éstos en localidades del estado de la Florida. Incluso, entre los pocos que prestan atención a los latinos de origen cubano, existe la tendencia a concentrarse en aspectos migratorios y socioeconómicos, relacionados fundamentalmente con la primera oleada migratoria después del triunfo de la Revolución de 1959 en Cuba, y cómo ésta alcanzó su éxito económico, cómo se insertó social y económicamente, y cómo transformó culturalmente la ciudad de Miami.

En los últimos tiempos, el impacto socioeconómico y cultural de las oleadas de las décadas de 1980 y 1990, y los cambios generacionales empiezan a atraer una mayor atención; pero persiste una escasez en la arista de su inserción política.

Incluso, entre los pocos estudiosos de origen cubano que trabajan ese ángulo político, nos parece encontrar limitaciones de enfoques, atribuibles quizás a su condición de observadores participantes, es decir, a la cercanía del relator a los acontecimientos y a los actores de ese proceso político, lo que puede dificultarles en ocasiones escapar al mito que rodea el "éxito" de esa comunidad.

Respecto a esa escasez de estudios específicos sobre la vida política de los inmigrantes cubanos en La Florida, el profesor Darío Moreno, de la Florida International University, quizás el que más se ha adentrado en el tema, considera la pobreza de trabajos en ese sentido precisamente una limitante de la literatura existente acerca de Miami y acerca de la política de

los latinos (Latino Politics) en EEUU. Según él, ello ha impedido hasta ahora una consideración amplia de si lo que él define como "Modelo Cubano" de empoderamiento político de una minoría étnica en EEUU se aviene o no al contexto de la literatura existente sobre la política de los otros grupos étnicos y minoritarios en esa nación; y, en caso que lo hiciera, cómo lo haría.

Está claro que el estudio del accionar político de los latinos en EEUU, lo que se denomina "Latino Politics", tiene obligadamente que pasar por el estudio de la política estadounidense (American Politics); es decir, que la primera sólo puede entenderse en el contexto de la segunda, por lo que la actividad política de los grupos étnicos tiene que desarrollarse según las reglas de juego de ese sistema político. Ello necesariamente implica cierto grado de asimilación cultural, aún cuando involuntaria como se señala en el caso de los cubano-americanos.

Se ha afirmado que los estudiosos de las experiencias de los grupos latinos no-cubanos en EEUU tienden a aceptar el enfoque sociológico de la Escuela de Estudios Etnicos de Chicago de principios del siglo XX que enfatiza el papel de la sociedad receptora, considerando que para que un grupo inmigrante pueda alcanzar un importante grado de influencia sobre las estructuras sociales, económicas y políticas está obligado a asimilarse a la cultura dominante que los recibe, en este caso de EEUU. Algunos ven en la aplicación de herramientas tradicionales del análisis de los problemas sociales una virtud de la Escuela de Chicago que al intentar hallar el sentido de la experiencia urbana y su relación con la experiencia étnica de los inmigrantes, elevaron el análisis de estos últimos, no ya enfatizando su status de minorías sino la cohesión inherente al grupo étnico. Según esta apreciación, el exotismo y la cohesión de esos grupos permite estudiarlos mejor haciendo las observaciones como casos-estudios. (Grenier y Stepick:1992)

Sin embargo, al enfoque de la escuela de estudios étnicos de Chicago se contraponen una llamada Escuela de Miami, que en su aplicación al caso específico de los inmigrantes cubanos, al analizarlos parte del poder político local alcanzado por éstos sin que manifiesten altos índices asimilación a la sociedad receptora. Señala que su influencia política se deriva precisamente de una reafirmación de su cultura propia, a partir de su predominio local. La Escuela de Chicago, dicen, afirma por el contrario que los inmigrantes suelen estar relativamente desposeídos de poder en una sociedad dominada por estadounidenses establecidos, pero los cubanos en EEUU no solo tienen poder localmente sino que, según argumenta la academia cubano-americana de Miami, lo ejercen además en los aspectos significativos de la estructura social, incluyendo la política de esa ciudad y algunos sectores de la economía (Grenier y Stepick:1992). Por tanto, se analiza el impacto de los cubanos desde la perspectiva de los propios inmigrantes, y no desde la de la sociedad receptora que supone la asimilación como paso previo.

Pero si bien la reafirmación de su cultura de origen realmente ha sido un mecanismo más de afianzamiento de la cohesión de los cubano-americanos, sobre todo de su concentración geográfica, con todos los beneficios que ello conlleva cuando se cuenta con suficiente poder económico como para imponer reglas de juego, esas reglas están insertas en otras más generales y que implican cierto grado de asimilación.

Los cubano-americanos son una minoría más en EEUU, a pesar de ser una muy privilegiada, y a pesar también de la fuerza de su concentración geográfica y de la cohesión relativa de su voto. Se mueven, como se afirma, en un sistema históricamente segregacionista. Dicho sistema, según especialistas, tiende a perpetuar la segregación gracias al Acta o Ley de Derechos al Voto (Voting Rights Act), que si bien posibilitó a los latinos, entre otros, el incremento de su representación al establecer distritos de mayoría/minoría, ratificó su condición de minorías

segregadas desde el punto de vista del poder más amplio del 'establishment' anglo.(De la Garza, R.:1992-1993). "El mecanismo permite también a los funcionarios anglos electos desentenderse de los asuntos de las minorías étnicas", dice el profesor De la Garza. Lamentablemente, en el caso de los cubano-americanos, esa influencia permitió a su élite la ampliación de su poder local.

Se suponía, según De la Garza, que la estructura del Acta de Derechos al Voto permitiera al sistema aislar a los funcionarios étnicos para impedirles alcanzar una real capacidad electoral conque dirigirse a los funcionarios no étnicos, pero en el caso de los cubano-americanos no sólo la concentración geográfica sino el poder económico local, y podríamos añadir, sus métodos controversiales, les han asegurado una mayor voz, al punto que han estado en el centro del por qué de los desplazamientos de los anglos hacia otros condados.

La especificidad de los cubanos sí es un elemento claro en el contexto del estudio de los latinos en EEUU, aun cuando esa especificidad tiene sus razones impuestas por las condiciones en que arribaron y se consolidaron en Miami, como veremos mas adelante. Ciertamente ellos no se han visto hasta ahora obligados a participar en coaliciones gubernantes en aras de poder ejercer influencia sobre la política, como ha sido el caso de otras minorías. . Como afirma el profesor Moreno (Moreno, Dario:1998) la experiencia cubana en Miami es contraria a las coaliciones, y su empoderamiento ocurrió sin que participaran en coaliciones electorales, sobre todo en las tradicionales para las otras minoría—coaliciones de corte liberal y demócrata—sino que más bien ha sido aliada de republicanos bastante conservadores por razones pragmáticas conocidas.

Otro elemento de la especificidad de los cubano-americanos en EEUU hoy es que -a diferencia de otros grupos minoritarios-no entró involuntariamente en la sociedad dominante mediante un proceso forzado de conquista temporal o esclavitud como en los casos de negros, chicanos y puertorriqueños- según el otro modelo teórico denominado "colonialismo interno", que parte de que producto de la discriminación, esas minorías siguen en desventaja, en un status de igualdad formal. Ciertamente los cubanos no encajan ahí, y en ello el profesor Dario Moreno tiene razón al afirmar que los cubanos en Miami tienen una percepción de ellos mismos como conquistadores y no como conquistados; el mito les atribuye haber sido ellos los que hicieron el Miami de hoy, magnificando su aporte real. Tampoco es el caso de los cubanos en Miami el modelo de "pluralismo tradicional", generalmente asociado a la forma de incorporación política de los irlandeses y los italianos. Los especialistas de Miami consideran que aplicar ese modelo a los cubanos pudiera subestimar cierto grado de discriminación formal e informal de que también fueron objeto los cubanos, sobre todo evidente a su llegada en los años 1960 cuando se les negaba acceso a algunos edificios de vivienda, expresándose hoy en sentido racial o lingüístico (D. Moreno:1998)

El llamado Modelo cubano, o la Escuela de Miami, definido por estudiosos en la misma comunidad, reafirma como "única" la experiencia de los cubano-americanos-partiendo de la perspectiva de los propios cubanos y a diferencia de otros grupos hispanos en EEUU, y ello lo basan en:

- que los cubanos no entraron a la fuerza sino voluntariamente y con la expectativa del regreso, primero inminente y luego eventual,
- que el hecho mismo de inmigrar "temporalmente" y con reservas e intereses que reclamar, no solo los convirtió en instrumentos de la política estadounidense hacia la Cuba post 1959, sino que les proporcionó los recursos y los privilegios que luego servirían de base a la formación del enclave económico del cual se derivaría el poder político de éstos,

- que esos privilegios y ese enclave les sirvieron para evadir o limitar la discriminación que tanto ha golpeado a otros grupos hispanos, y para implantar y preservar su cultura.

Para Moreno, todo ello se pone de manifiesto como muestra de una gran unidad étnica.

Ciertamente, a diferencia de otros grupos hispanos, los cubanos en Miami lograron mantener y reproducir su empoderamiento con poco grado de asimilación. El criterio de no-asimilación de los cubanos es relativo, si se tienen en cuenta elementos de la cultura del enclave que ya se distancian de la cultura de origen y, especialmente, las proyecciones de las nuevas generaciones.

Su empoderamiento político y la fortaleza de su enclave económico, y la reanimación de elementos de su cultura, mantiene la atracción de compatriotas que al inmigrar fueron asentados oficialmente en otros estados; atrae también a otros grupos de inmigrantes latinos dispuestos a aprovecharse de la cultura hispano-cubana allí preponderante, e incluso a nuevos inmigrantes.

La unidad de la etnia en condiciones relativamente exitosas en el caso de los cubanos en Miami, tiene su base en las condiciones económicas, sociales y políticas únicas de su historia y de su vida en la ciudad de Miami que veremos más adelante. Pero antes nos detendremos en el énfasis algo excesivo que algunos estudiosos ponen en esa unidad étnica, particularmente situando como centro de la misma el antagonismo prevaleciente y las reservas contra la Revolución Cubana.

Si bien es cierto que para las primeras oleadas de 1960 y 1970, que se veían a ellas mismas como personas en tránsito temporal, la oposición al sistema instaurado en Cuba era el centro de toda su actividad y la razón misma de su existencia como “exiliados”, para las siguientes -con independencia del rechazo implícito o explícito a las manifestaciones del proceso revolucionario- ello era sobre todo, y sigue siendo, un aval para el ingreso y el asentamiento allí. La unidad de la etnia en Miami todavía tiene componentes de las reservas existentes contra la realidad en la isla -consenso anti-Castro de la comunidad cubana en esa ciudad- pero es evidente que el peso específico de este elemento se ha ido modificando, lo que precisamente está en el centro del fenómeno del paso de esta comunidad auto-percibida como exiliada a grupo de minoría étnica.

Se exagera por los estudiosos miamenses el factor de la discriminación sufrida por los cubanos en EEUU al contemplarlo en la definición del modelo cubano para el estudio de éstos como comunidad étnica en EEUU. El modelo la identifica como “mezcla única en su tipo de privilegio oficial y discriminación pública erigidas en barreras económicas, políticas y lingüísticas contra los cubanos en Miami por parte de la sociedad dominante”. Pero, por muchas que hayan sido esas manifestaciones discriminatorias nunca habrán sido mayores y más sostenidas que las erigidas y vigentes contra otros grupos, particularmente los otros latinos (no cubanos) en EEUU. Los cubanos de Miami, ellos mismos, tienden a mirar al resto de los latinos en EEUU como inferiores, y ese “mirarlos desde arriba” los identifica con un rasgo de la prepotencia estadounidense, manifestación de cierta asimilación a la cultura predominante, que no es precisamente un elemento de la cultura de la isla. En las manifestaciones de discriminación hacia los cubanos, particularmente al inicio, por parte de la sociedad receptora, con seguridad se expresaba más un rechazo a su ingreso masivo, acentuado por el hecho de que se trataba de extranjeros, latinos, que además venían en actitud desafiante.

La unidad étnica de los cubanos en Miami ya ha dado numerosos indicios de resquebrajamiento, al menos en algunos de sus componentes. La unidad basada en elementos de la cultura de origen sería la que más posibilidades tendría de mantenerse, pero

probablemente lo haría como una más entre otras que se manifiestan en los barrios italiano, chino, puertorriqueño, y otros. Y nos referimos a elementos de esa cultura porque ya ésta se diferencia mucho de la de la nación que le dio origen, y se distanciará más en la medida en que actúen procesos como los naturales cambios generacionales, la asimilación progresiva e incluso la internacionalización de Miami, con fuerte impacto de Centroamérica. El componente ideológico y político de esa unidad étnica muestra todavía más posibilidades de resquebrajamiento, no ya y sólo por el envejecimiento y muerte del “exilio”, de la élite de esa comunidad, sino también por las incidencias de una mayor asimilación sobre las proyecciones y objetivos políticos de las nuevas generaciones, por la influencia de los procesos que ocurren en la isla y las modificaciones que producen al consenso estadounidense más general hacia ella, y sobre todo por las diferencias de clase social que cada vez se hacen más visibles dentro de la propia comunidad en la medida misma en que va disminuyendo su tratamiento privilegiado como minoría.

Hablando de las modificaciones en el consenso general estadounidense hacia Cuba, no se puede pasar por alto recalcar lo ya expresado brevemente referido a que la vida política, la política cubano-americana, se da dentro de un contexto más amplio que es la política estadounidense, y ésta es la que establece los límites a su poder en cuanto a su capacidad de influenciar o determinar ese consenso. El poder de influencia de la élite cubano-americana sobre la agenda nacional es coyuntural, porque ha coincidido hasta ahora con los intereses de la élite política yanqui. El día que la normalización de relaciones con Cuba sea el interés nacional de Estados Unidos se producirá - o más bien se impondrá - un cambio en el consenso básico de la nación hacia la isla, y a la élite de origen cubano no le quedará mucho terreno, más allá de actuar para su base de apoyo local, cada vez más apremiada por necesidades económicas, también locales. Ello pondrá de manifiesto los límites del alcance de ese empoderamiento político, en su proyección nacional. Debe recordarse cómo cuando a EEUU como nación le interesó actuar sobre las migraciones masivas y descontroladas hacia su territorio desde Cuba se sentó a negociar un acuerdo migratorio, a pesar de las reacciones del Miami cubano. El interés nacional de EEUU es el límite de la capacidad de maniobra de esa élite de Miami en relación con la política estadounidense hacia Cuba.

Si los sectores más reaccionarios en Miami quieren mantener el hostigamiento a la Revolución Cubana como factor de presión sobre la política hacia Cuba por mucho más tiempo, posiblemente se verá obligada a negociar el tema con los otros grupos latinos en la ciudad, y sobre todo también nacionalmente. Esto nos lleva a considerar otro aspecto del debate entre académicos que estudian a los latinos en EEUU, el de las posibilidades de alcanzar una agenda nacional latina, tema de este trabajo inicial.

Pero primero debemos analizar brevemente la insistencia que se hace respecto a la importancia creciente del voto latino en los Estados Unidos.

Los años 1980 y 1990 -según el censo de ese último año- testimoniaron un crecimiento numérico de hispanos estimado en un 53%, ascendiendo de 14 millones a cerca de 22 millones, y unos 26 millones en 1994. Ese incremento -que se calcula subsiguientemente en base a la llegada cada año de un millón más de inmigrantes de origen latino- ha estado en el centro de los debates del tema de la inmigración, promoviénolo a los primeros puntos de la agenda pública de ese período. Entre los resultados del debate aparecen la aprobación del Acta de Control y Reforma de la Inmigración de 1986, y una serie de leyes que restringen el uso del idioma español en un número de estados de EE.UU. (23 hasta 1996). A nivel federal muchas de estas preocupaciones han llevado también a acciones restrictivas.

En este contexto, entre las principales tendencias del fenómeno en los años 90, se observa en primer lugar una mayor diversificación también de la comunidad latina, ampliándose hacia personas procedentes de Centro y Sur América y del Caribe; como segundo aspecto una mayor

dispersión de éstos por todo el territorio de EEUU. ; y como tercero, una mayor presencia o residencia de hispanos, no ya como antes en ciudades centrales o en sus áreas rurales, sino en los suburbios de las áreas metropolitanas de esa nación, casi la mitad de los latinos, 48%, que es una elevación del 69% en esta década (García , I.Chris:1997) .

Sin embargo, llama la atención que a pesar de tal incremento numérico, los latinos mantienen baja su capacidad de votar en las elecciones, lo que se explica en virtud de sus tasas de pobreza, la juventud predominante, y su condición de no-ciudadanos en altas cifras: 40% de los latinos adultos en 1993 no se habían hecho ciudadanos.

Estos datos preocupan a los estudiosos de las minorías étnicas en EEUU quienes intentan desinflar las expectativas que crean los medios masivos de comunicación alrededor del impacto electoral de los hispanos. Una de las mayores interrogantes a este respecto que se debaten es si el rápido crecimiento numérico de los hispanos en Estados Unidos durante el siglo XX puede traducirse en un verdadero impacto electoral, en otras palabras, hasta qué punto el voto latino es realmente relevante. Otra de las interrogantes relacionadas es si acaso es posible alcanzar la cohesión política de los diferentes grupos latinos -fundamentalmente los 3 más grandes: mexicanos, puertorriqueños y cubanos- en aras de impactar seriamente la agenda pública. La tercera interrogante, al menos promovida por los estudiosos de origen cubano, es si el llamado “modelo cubano” de empoderamiento político es aplicable o no a los otros grupos latinos en EE.UU.

Refirièndonos a la primera interrogante, su impacto electoral, la respuesta la están dando los datos mencionados con relación al crecimiento numérico y las características sociodemográficas de los latinos, sobre todo de los que marcan la tendencia de los 90, o sea, la pobreza, la juventud y la condición extendida de no-ciudadanos.(García, I.Chris:1997). Pero estos elementos no constituyen todo el problema. Una vez que se pudieran registrar como votantes, otras limitantes podrían perdurar para que su voto como grupo tuviera determinado impacto. El profesor Rodolfo de la Garza (1993), una de las personas que más ha estado estudiando el fenómeno, ha establecido como condiciones necesarias para que el voto latino como un todo tenga relevancia electoral las siguientes:

- que los latinos salgan a votar en grandes números,
- que cuando lo hagan, voten unidos, y
- que esto ocurra en elecciones competitivas, es decir, con varios candidatos y con posibilidades.

Si uno de estos elementos está ausente el voto latino carecerá de relevancia aún cuando éstos sean la minoría más grande numéricamente.(De la Garza:1993).

Los latinos tienen la desventaja electoral de estar siempre expuestos al ataque de los anglos o de los blancos no-hispanos, sobre todo cuando las campañas político-electorales hacen mucho énfasis en asuntos étnicos. En las elecciones presidenciales de 1992, el equipo y la estrategia de campaña del demócrata William Clinton mantuvo en un bajo perfil este tema y ello los benefició, al igual que ocurrió en la contienda reelectoral de éste en 1996. Al no realizarse una campaña muy étnica, se posibilitan más las victorias de candidatos latinos o pro-.latinos que se proyectan como estadounidenses y no como candidatos de la comunidad étnica. La generalización de esa característica de campaña político-electoral no étnica podría beneficiar a los latinos, no obstante su segregación del resto de los estadounidenses en virtud de la concentración de éstos en unos pocos distritos de mayoría-minoría, que como ya se dijo los hace fuertes localmente, pero no les permite ampliarse plenamente más allá de esos distritos. (De la Garza, Rodolfo:1993)

Generalizando, al menos tres elementos son identificados claramente actuando a favor del empoderamiento de los latinos en general en los EEUU, con relación a una de las esferas del funcionamiento del sistema político estadounidense, la de los “inputs”:

- el crecimiento numérico progresivo de ellos, siempre que ello se traduzca en un mayor número de naturalizaciones y registros como votantes,
- sus características socioeconómicas comunes (aunque los cubano-americanos sólo sean segmentos del grupo) que los ponen en desventaja con los blancos no-latinos: ingresos más bajos, mayores tasas de desempleo y pobreza, y menores niveles educacionales, malas condiciones de vida, concentración desproporcionada en el sector económico de los servicios en vez de en ocupaciones administrativas y gerenciales. Esas características permiten la perspectiva de una acción común frente a un tratamiento discriminatorio y una estereotipación negativa de la etnia (lamentablemente la desventaja económica actúa en su contra porque no pueden contar con ese tipo de recursos para fines políticos amplios); y
- la tendencia hacia un patrón de dispersión por todo el territorio de la Unión estadounidense, teniendo en cuenta que los números son un recurso político importante en esa arena nacional. (De la Garza, Rodolfo:1993)

Hasta ahora, como conjunto y a nivel nacional, los latinos no han tenido el impacto que sus números sugerirían. En el debate en torno al impacto y al potencial latino, se discute también cómo medir esa relevancia. Unos estudiosos debaten en torno a si la importancia o no del voto latino de conjunto debe medirse en términos de su impacto en el resultado final -como votos independientes que muchas veces inclinan las elecciones en un sentido u otro en contiendas estatales (swing votes)- o si debe hacerse por la adición de todos los votos de cada simple comunidad. No obstante, la única forma en que la mayoría anglo puede realmente prestar atención sostenida a los intereses más generales de los inmigrantes latinos y sus comunidades, es logrando exitosos enfrentamientos en contiendas electorales, empezando por las locales hasta impactar las nacionales. En el estado de La Florida, en elecciones nacionales como las de 1992 y 1996, todos reconocen que los latinos fueron influyentes pero su voto no fue definitorio de los resultados.

Localmente, los cubano-americanos en Miami, por ejemplo, han logrado desplazar de sus distritos, e incluso marginar en el condado Miami-Dade a los electores y candidatos anglos. Pero, a diferencia de los otros grupos latinos, ellos cuentan con mayores cifras de registro electoral, están concentrados en determinadas localidades o distritos en un mismo condado (aunque se cuentan bolsones también en otros condados, como Broward, pero no suficientes), como tendencia son menos jóvenes y por tanto con más conciencia electoral, y sobre todo mejor posicionados económicamente, por lo que cumplen con la primera condición establecida por el profesor De la Garza, que tienden a salir a votar en grandes números.

En cuanto a la segunda condición, que voten unidos, hasta ahora, salvo la elección presidencial de 1996 en que dividieron algo más su voto, como tendencia -sobre todo en contiendas locales contra anglos, o contra afro-norteamericanos- los cubanos tienden a votar en bloque, en elecciones en que sus candidatos, generalmente propios, tienen las de ganar. Como resultado, generalmente tienen impacto electoral local en el condado de Miami-Dade. El ejemplo más claro fue quizás la elección para elegir al primer alcalde ejecutivo del condado Miami-Dade en 1996, altamente competitiva y muy étnica, donde se enfrentaron fundamentalmente los cubanos y los afro-americanos, resultando victorioso el cubano Alex Penelas, figura con ambiciones más allá del condado.

Otros grupos latinos han tenido localmente renovado impacto, en algunos cargos estatales importantes, por ejemplo los mexicano-americanos, marcadamente en las elecciones de 1998.

El debate es mucho más amplio alrededor de la segunda interrogante: la posibilidad o no de alcanzar una cohesión política de los tres grandes grupos latinos en EEUU. ¿Podrán estas comunidades experimentar alineamiento de intereses con el decursar del tiempo, o continuarán las diferencias? Esta interrogante está muy relacionada con la tercera referida a las posibilidades de copiar el modelo cubano de empoderamiento político.

Hasta ahora, la comunidad latina sólo ha dado señales de alguna unidad (y ello no es una dimensión enteramente étnica sino más bien una condición económica que asemeja las preferencias de mexicanos, puertorriqueños y cubanos, por demás también de los anglos de estratos socioeconómicos más bajos) en torno a cuestiones de política educacional y del papel del gobierno en facilitar acceso a, y ofrecer servicios de, la salud, la educación y los empleos. (De la Garza:1993)

Más allá de esos intereses, muchos son los aspectos en que los cubanos se apartan de las aspiraciones y experiencias del resto de los grupos latinos. El principal problema quizás está en el campo de la subjetividad, de las percepciones que la mayoría de los inmigrantes de origen cubano tienen sobre ellos mismos.

Volviendo al rasgo fundamental que diferencia a los cubanos de los otros latinos en EEUU -que tienden a ser más viejos, menos pobres y con más tasas de ciudadanía, por tanto cuentan con un mayor potencial de votación- puede entenderse en parte la base de tales auto-percepciones. En ellas también está presente con fuerza todo el tratamiento privilegiado que históricamente desde el triunfo de la Revolución Cubana ha recibido ese grupo inmigrante. Nos remitimos aquí al inicio de este trabajo cuando nos referíamos al modelo teórico denominado como "colonialismo interno" que sugería la entrada involuntaria en la sociedad dominante por parte de un grupo minoritario, por conquista territorial o por esclavitud, y que el profesor de FIU, Darío Moreno, rechazaba por inaplicable al caso de los inmigrantes cubanos en Miami dada su auto-percepción como conquistadores una vez que se auto-atribuían el desarrollo exitoso de la ciudad.

Moreno se ha referido a algunos acontecimientos nuevos y dramáticos testimoniados en la política de los cubano-americanos en 1996 y que desde entonces ilustran la creciente importancia de los temas étnicos internos también para los cubanos. Para él, se evidencia un proceso de maduración de una generación más joven de políticos y funcionarios electos de este origen que están moviendo la política de la comunidad hacia un mayor interés en los temas domésticos y locales, alejándolo un tanto de la preocupación absoluta (diríase obsesionada) por la esfera de la política externa (Cuba), lo que considera ofrece una oportunidad única para forjar una agenda nacional latina.

Para Moreno, los cubanos comparten con los mexicanos y con los puertorriqueños un compromiso con los derechos de los inmigrantes, y del idioma, y apoyan una amplia gama de programas sociales y económicos diseñados para ayudar a las comunidades hispanas en EEUU. La agenda política étnica de la nueva generación de cubano-americanos, dice, comprende la lucha contra el establecimiento del inglés como lengua oficial, contra la reforma de la asistencia social (welfare), contra los recortes a la inmigración, y en apoyo a programas sociales como la salud y la educación bilingües.

Sin embargo, otros estudiosos del tema, no-cubanos por demás, apuntan la desunión de los latinos más allá de la existencia de algunas áreas de consenso señaladas por Moreno. Se menciona una encuesta nacional de los tres grupos latinos más grandes en EEUU antes mencionados y que incluye a los cubano-americanos, que ofrece evidencias empíricas de que la

cohesión política entre ellos no sólo está ausente sino que es menor de lo que hasta entonces se había pensado. Las áreas de consenso que se identifican se refieren específicamente a una herencia cultural y a un sistema de valores políticos comunes. (García, I.Chris:1997)

Otra arista debatible del tema de las posibilidades o no de forjar una agenda nacional latina, con el concurso de los cubano-americanos desde luego, se refiere a la sugerencia hecha dentro de la academia de origen cubano en Miami, posiblemente atribuible también a la llamada Escuela de Miami sobre estudios étnicos, de que los grupos latinos no-cubanos deben evitar ofender a esa comunidad en asuntos relacionados con el Comandante en Jefe Fidel Castro como condición para que pueda forjarse tal agenda común (Moreno, Dario:1997). Según este argumento, ello constituye un reto para los latinos no-cubanos en EEUU, y se plantea como ejemplo de las acciones que no contribuyen a esa unidad el “malconcebido e inoportuno viaje a Cuba “ del que fuera en su momento presidente del caucus hispano del Congreso de EEUU , y “su negativa a condenar al régimen cubano”. Esto, según Moreno, constituye “un ejemplo de ‘issues’ divisorios que impiden la unidad de acción efectiva latina en EEUU.” (Moreno, Dario:1997)

Difícilmente los latinos no-cubanos, cuyas experiencias en ese país se distancian mucho de las de los cubanos, en particular de Miami, y cuyas prioridades son esencialmente de supervivencia y adaptación, se sumen a tales condicionantes. Quizás solamente en los distritos controlados por políticos de origen cubano en Miami (Florida), y tal vez en Union City (New Jersey) se ponen de manifiesto alianzas retóricas de este tipo entre cubano-americanos y algunos otros grupos latinos (nicaragüenses sobre todo).

La élite nicaragüense en Miami, por el apoyo de la cubano-americana y del gobierno estadounidense, primero a la “contra” nica y después producto de los compromisos remanentes, parece ser uno de los pocos grupos latinos en la ciudad que secunda de forma abierta y permanente toda la retórica contra Cuba que emana de allí. No obstante, debe prestarse atención creciente en este sentido a los colombianos.

Lo primero que tendrían que hacer los cubanos es despojarse de esa auto-percepción de conquistadores de Miami; tienen que reducirse aún más sus privilegios y verse en condiciones más comunes al resto de los latinos, como sucede entre los cubanos que emigraron antes del triunfo revolucionario en Cuba, y también muchas veces ocurre con inmigrantes cubanos residentes en ciudades alejadas del enclave económico de Miami.

Podría ayudar en ese sentido, por un lado, un mayor esclarecimiento de la imagen mítica del “exilio dorado”, que permitiera sacar a la luz más información de las tasas crecientes de pobreza entre los cubanos, y que según el profesor Dario Moreno contribuyen a que Miami sea la cuarta más pobre gran ciudad estadounidense. Por ejemplo, en el contexto del debate social sobre la Ley de Reforma de la Asistencia Social (Welfare) emanada del 104 Congreso Republicano, se puso de manifiesto que unas 50,000 personas del condado Miami-Dade perderían su ayuda federal (en cupones para alimentos, beneficios por incapacidad, ingresos suplementarios de seguridad), la mayoría de las cuales eran “refugiados” cubanos ancianos. Con independencia de cómo se muevan los funcionarios electos cubano-americanos en lograr atenuar estos impactos en su base de apoyo electoral, resulta interesante la manifestación del fenómeno de cuántos podrían afectarse por encontrarse en situación socioeconómica diferente a la imagen que brinda ese “exilio” exitoso.

Sin cohesión política latina difícilmente se logre como comunidad suficiente participación como para tener garantizada la igualdad de derecho de opinión (equal voice).

El llamado "modelo cubano-americano de empoderamiento político " difícilmente pueda ser copiado por otros grupos latinos en EE.UU. al tratarse de condicionamientos totalmente

diferentes. El modelo cubano ciertamente se desarrolló como resultado de la propia experiencia del grupo en los Estados Unidos (Moreno, Dario:1997). Incluso, si se observa a los nicaragüenses en Miami, se verá que -a pesar de que muchos de ellos han contado con una mejor posición económica que otros grupos latinos no-cubanos- jamás han logrado nada similar a los cubanos ni en el sentido económico ni en el político.

El empoderamiento político cubano-americano, según parece ser la interpretación de algunos estudiosos de esa propia comunidad, se evidencia en el hecho de que los mismos en Miami han llegado a convertirse en la población contra la cual se miden y se evalúan las experiencias de otros grupos en la ciudad. Se les considera una fuerza paralela dominante, o al menos significativa, en la existencia demográfica, social, económica y política del Miami metropolitano. (Moreno, Dario: 1997)

Ese empoderamiento político es atribuido a un fenómeno ocurrido primero, o sea, al impacto demográfico, económico y social de éstos en Miami. La manifestación política de ese impacto en la ciudad fue más lenta debido a las largas expectativas de regreso a la isla y a la ausencia de un tema político que no fuera la hostilidad hacia la Cuba revolucionaria, capaz de galvanizar al grupo hacia la acción y movilización políticas (Moreno, Darío, 1997). El impacto se manifestó políticamente sólo a partir de fines de los años 1980, y en los 1990.

Los fundamentos de ese empoderamiento político incluyen:

- la coincidencia de su llegada con el “boom” de todo el llamado “cinturón del sol” en territorio estadounidense, y con el momento de expansión en ese país de políticas de asistencia social (welfare) y mejoras en los derechos civiles resultantes de las luchas desarrolladas en ese sentido, a nivel estadual y federal,
- la concentración demográfica de los cubanos en un condado (Miami-Dade) de La Florida, y su constante ampliación numérica derivada de olas migratorias consecutivas,
- el tratamiento privilegiado como refugiados políticos que le diera el gobierno estadounidense - programa de refugiados cubanos que le brindó ayuda financiera, entrenamiento para empleos y clases de idioma inglés- como compensación a la aceptación de su ubicación inicial fuera del estado de la Florida, y otros muchos beneficios, tales como los denominados préstamos de carácter (character loans) que no era más que el conocimiento de su experiencia anterior como empresarios y propietarios de negocios en Cuba,
- los vínculos históricos de los sectores profesionales con EEUU y la ciudad de Miami, y la prosperidad relativa de la primera oleada de inmigrantes post-1959,
- un “aparato débil de poder político en la ciudad de Miami que se reflejaba en la falta de una identidad municipal más allá de las instalaciones turísticas,
- una correlación partidista que les facilitó el camino, asociándose a los republicanos para entonces con escasa membresía y poder localmente, pero que avanzaban nacionalmente a la par que una ola conservadora que se manifestaría en las próximas décadas estimulada por la figura presidencial carismática de Ronald Reagan., y que impulsaría sus ambiciones,
- la combinación de muchos de estos factores, que posibilitó la formación de un enclave económico propio, definido por los académicos miamenses como “formación económica distintiva cuya base es la actividad empresarial altamente diferenciada—o sea,

inmigrantes con suficiente capital para crear nuevas oportunidades al crecimiento económico y gran división del trabajo.” (Pérez, Lisandro y Alejandro Portes).

En fin, como dice Moreno, la interacción de la migración cubana con rasgos especiales y las propias características de la ciudad que los acogió, dio lugar a la historia del “éxito” de esa comunidad.(Moreno, Darío:1997)

Alex Stepick III plantea que las élites locales anglo se vieron obligadas a negociar en un medio transformado en que su punto de vista dejó de ser hegemónico y el pluralismo de facto se convirtió en norma.

Los cubanos rompieron estereotipos en la ciudad. Moreno remarca el pragmatismo de los cubanos y su habilidad para aprovecharse de cambios históricos en la política del estado, y cuya búsqueda de poder político adquiere legitimidad por la percepción de que ellos mismos “hicieron a Miami”, el Miami actual, y que mediante tal contribución crearon una perspectiva alternativa que desafió los puntos de vista del “establishment” anglo. Esos anglos, por demás demócratas, al cerrar el camino a la ambición de los cubano-americanos, los empujaron al partido republicano local por entonces carente de membresía, como ya se dijo, y con un solo funcionario electo por entonces. Moreno precisa que a partir de ahí estuvieron en condiciones de ingresar al rejuego político partidista, presentando por primera vez oposición a los demócratas en contiendas hasta ese momento de un solo partido y ganando con frecuencia las nominaciones republicanas en los años 70.

Los años 80 fueron un período de expansión electoral para los candidatos de origen cubano, y los 90 consolidaron su poder en importantes localidades y en el gobierno condal de Miami - Dade, al tiempo que en la legislatura estadual con una cifra relativamente pequeña lograban magnificar su influencia mediante alianzas temporales y cambiantes de corte muy pragmático, ya fuera con políticos urbanos de corte liberal o con republicanos conservadores, según conviniera. En la actualidad ya cuentan en la legislatura del estado con posiciones de importancia en comités relevantes.

Queda claro que la experiencia de los cubanos en Miami no puede repetirse por otros grupos latinos u otras minorías, y que esas mismas diferencias de inmigración, asentamiento y experimentación que facilitaron su rápido proceso de empoderamiento político, difícilmente contribuyan a alianzas sostenidas con otros grupos, al menos en Miami, o mientras ésta siga siendo la Meca de la comunidad de cubanos en los EEUU.

Que la política cubano-americana pueda transformarse incluso en un estilo más tradicional de política étnica, como considera el profesor Darío Moreno de la FIU está por verse. Al menos en Miami son muy conocidas las rivalidades y muy sucios los enfrentamientos entre grupos de minorías, quejándose muchos de que los cubanos con su poder acaparan gran parte de los recursos y fondos del gobierno nacional y local para sus propios distritos, perjudicando a todos los demás.

La vida está demostrando que en la medida que Cuba recupera los ritmos de desarrollo una vez vencida la crisis económica, denominada período especial, y que se convierte en terreno competitivo para inversionistas extranjeros, en EEUU se producen movimientos a **lo interno, de un consenso sobre Cuba en ese país que retan el diseño anti-cubano de la élite cubano-americana de Miami**, y si volvemos a la afirmación de que la política latina se da en el contexto más amplio de la política estadounidense, podríamos suponer que no estamos lejos del momento en que se manifiesten claramente los límites del alcance del empoderamiento político de los cubano-americanos.

El profesor Dario Moreno ha reconocido que el rol de los cubanos en la elaboración de la política de EEUU hacia Cuba se magnifica por el hecho de que su agenda no es opuesta por ningún otro grupo importante de intereses especiales. Entonces, podríamos preguntarnos qué ocurrirá cuando los movimientos dentro del mundo empresarial y del Congreso de EEUU, las modificaciones que se proponen, relacionadas con la política del bloqueo a Cuba, adquieren fuerza, y se presente cualquier levantamiento parcial o total de éste como el interés más general de la nación estadounidense.

Los políticos cubano-americanos se verán, como ya empieza a ocurrir, obligados a competir electoralmente no ya sobre plataformas anti-cubanas mirando hacia lo externo, sino con agendas más domésticas, acordes con los intereses de las nuevas generaciones y del conjunto de las minorías étnicas.

Referencias Bibliográficas:

Grenier, Guillermo J. Y Alex Stepick III, "Miami Now: Immigration, Ethnicity and Social Change", Univ. Press of Florida, 1992, pp.2-3.

Browning, Rufus; Dale R. Marshall, y David tabb, "Protest is not Enough", Berkeley: Univ. Of California Press, 1984.

I.Chris García (ed.), "Pursuing Power: Latinos and the Political System", Univ. Of Notre Dame Press, 1997.

De la Garza, Rodolfo, "Forum sobre Estrategias de los Partidos Demócrata y Republicano en la Focalización de Votantes Diversos: Estudio de Caso de la Comunidad Latina", marzo 4, 1993, The Arco Forum of Public Affairs, harvard university, en 'Harvard Journal of Hispanic Policy', vol. 6, 1992-1993.

Moreno , Dario; apuntes de entrevistas en la FIU, 1997.